

No sé hasta qué punto los secretos químicos de que es fama usaba Catalina de Médicis, y que no desdeñó de emplear Felipe II para deshacerse de sus enemigos ¹, han podido llegar hasta nosotros, ni ménos hasta qué punto los asombrosos adelantos de las ciencias químicas pudieron poner al servicio de la negra pasión de un partido que santifica los tormentos empleados por su institucion favorita, la inquisicion; pudieron, decia, suministrar ingredientes propios á enervar ó destruir la organizacion del infeliz Riego. La amistad que yo le profesaba no me llevó nunca, como bien lo acreditan estas Memorias, á desconocer los defectos de su carácter y la ausencia de aquellas dotes que constituyen á los grandes hombres, y que Riego sólo reunia hasta el grado de haber hecho de él un hombre honrado, un patricio bien intencionado. Pero aquel hombre era noble, generoso, valiente, incapaz de las miserias y de las bajezas que sobre los últimos dias de su existencia propalaron sus carceleros y verdugos.

El día 27 de Octubre hicieron éstos comparecer al acusado ante un tribunal excepcional compuesto por la Sala de Alcaldes de casa y corte, privándole, contra fuero, de ser juzgado, cual correspondia, por un consejo de guerra. El fiscal limitó su acusacion al hecho de ser Riego uno de los Diputados que votaron en Sevilla la suspension de la autoridad del Rey; y aplicándole el decreto de la Regencia realista de fecha 23 de Junio, que imponia á los votantes la pena de horca, añadia que fuese Riego descuartizado, su cabeza expuesta en el pueblo donde dió el día 1.º de Enero de 1820 el grito de libertad, y miembros de su cuerpo expuestos en Sevilla, San Fernando, Málaga y Madrid. La Sala de Alcaldes no se prestó á tanto y fingió mostrarse benigna, condenándole á la simple pena de horca, pero con la circunstancia de ser arrastrado al cadalso.

El 5 de Noviembre fué notificada la inicua sentencia al supuesto reo, al que inmediatamente se puso en capilla; momento escogido por los sicarios para consumir, no sólo en la persona, sino á expensas del nombre y de la memoria de su víctima, todos los refinamientos de la odiosa trama urdida de antemano. Del entendimiento, de la razon, de la voluntad del ser humano, sólo residia ya la sombra en el desgraciado Riego. Lo habian alorado; habian hecho de él una personalidad inconsciente y privada de su esencia moral. Sobre aquella masa ya casi cadavérica y despojada del resorte de la propia conciencia, se ejerció la industria curialesca para arrancar declaraciones humillantes que el noble asturiano habria rechazado con indignacion si hubiera tenido conciencia de lo que le hacian firmar llevándole la mano como á un niño ó á un moribundo.

Atribúyese á un extranjero que simpatizó con la situacion de Riego haberlo hecho llegar, estando en capilla, un activo veneno que lo libertase de rendir su vida á manos del verdugo; pero si el hecho es cierto puede desde luego asegurarse que la propuesta se haria con conocimiento de sus guardianes, seguros de que el que iba á ser ajusticiado no se hallaba en estado de tener voluntad propia.

La despiadada trama se llevó hasta el extremo de que los frailes que le acompañaron al cadalso le hicieron besar con frecuencia en el

tránsito la imágen de la Virgen para que el vulgo creyese que el acto de devocion era la prueba del arrepentimiento y contricion del delito de ser liberal.

Apartemos la vista de la contemplacion del horrendo espectáculo del mártir, colocado sobre una estera arrastrada por un jumento, atravesando las calles de Madrid para sufrir la muerte en la plazuela de la Cebada, en medio de los desaforados gritos de un populacho excitado contra la víctima inocente, pendiente ya de la fatal sogá para ser objeto de indignos tratamientos del ente degradado que desempeñaba la repugnante funcion de ejecutor de la justicia.

Hubo empeño en precipitar la sentencia y el asesinato jurídico consumado en la persona de Riego, á fin de que la víctima hubiese perecido ántes de la entrada del Rey en Madrid, la cual se verificó pocos dias despues de consumada la inicua venganza.

Al recibir Fernando la noticia de la ejecucion del que fué su edecan, y al que tantas veces habia dado la mano de amigo, el restaurado Monarca comunicó á su séquito el suceso en alta voz, exclamando á manera de chiste *viva Riego!*

En Gibraltar me hallaba con la multitud de emigrados procedentes de Cádiz, cuando me llegó la infausta nueva del desastroso fin del amigo á quien tanto quise. La pena se mezcló al rencor que en mí produjo el trágico suceso, y por largo tiempo mi acalorada imaginacion abrigó el extravagante proyecto de hacer que el día en que volviese á triunfar la causa que acababa de sucumbir, se aplicase la inexorable pena del Talion á los jueces, escribanos y demás comparsa que habia intervenido en la atroz injusticia que no cabe sea mirada de otra manera que como el más negro y feroz de los asesinatos.

La aglomeracion de emigrados políticos en la plaza de Gibraltar no podia ser tolerada por mucho tiempo por las autoridades inglesas, y la colonia liberal empezó á dispersarse, dirigiéndose unos á Francia, otros á Malta, algunos á Tánger y el mayor número á Inglaterra. Sólo quedamos en la plaza aquellos que por tener en ella amigos y relaciones pudimos eludir la orden general de evacuacion de la fortaleza, procurando unos adquirir los derechos de residencia permanente á fin de alejarse de la patria lo ménos posible, empeñándose los más en prolongar su estado al abrigo del pabellon inglés, en la esperanza de mantener vivo en el territorio español el fuego del patriotismo y de preparar elementos de resistencia á la tiranía.

Encontrábame yo entre los últimos, y aunque, como expatriado, la proximidad en que me hallaba del suelo español y las relaciones que mantuve con los liberales de Andalucía y de otros puntos me hicieron asistir muy de cerca á los hechos que durante el tiempo que residí en el Peñon acaecieron en la Península, me ocuparé de ellos al mismo tiempo que de los que se relacionan con los trabajos y tentativas de los emigrados que permanecemos en Gibraltar, en los párrafos siguientes.

ANDRÉS BORREGO.

Á UNA INGRATA

I

AYER

¿Cómo te he podido amar
no sabiendo tu querer?
En vano intento romper
mi pecho para olvidar.
Forma la espuma en el mar

del agua el choque violento,
y estrellarse airadas sientos,
salidas del corazon,
las olas de mi pasión
en el mar del sentimiento.

II

HOY

Recuerdo que eso escribí
hace más de treinta años,
lamentando desengaños
de los muchos que sufrí.

Hoy, tu ajado rostro al ver,
me dan ganas de llorar,
porque me haces recordar
la hermosa ingrata de ayer.

T. GUERRERO.

LA CURIOSIDAD DE LOS FRANCESES

ESGENA PARIISIENSE

Bajando un dia por el *boulevard* Malesherbes vi desde léjos un grupo de gente hacia la puerta del Parque de Monceau, grupo tan numeroso que bien podia pretender los honores de muchedumbre. Como ninguno de los transeuntes que iban llegando pasaba adelante, ese era ya un pequeño mar de cabezas humanas. La cosa debia ser gravísima, pues no solamente la gentualla, sino tambien señores principales, viejos gordos y condecorados, estaban bregando y acezando por dar un paso adentro. Muchas personas se han encaramado en el barandaje de las puertas dosadas del dicho Parque, y hay quien ha traído una escalera altísima para arriarla á la pared y ver lo que hay en ese bullicioso remolino. Ya los gendarmes ó guardianes de la paz empiezan á llegar y rompen por entre la multitud con su deprecacion imperativa: *¡Circulez, Messieurs, circulez, s'il vous plait!* ¡Pasad, señores, si gustais, pasad! Esto recuerda la cortesía del pueblo romano cuando los tribunos exhortaban á los turbulentos á retirarse del Foro: *Si vobis videtur discedite, mirites.*

Pero la gente, léjos de retirarse, no hace sino apiñarse más y más, y tanto crece que ya tiene el aspecto de un *meeting* de Lóndres ó de Nueva-York. ¿Qué será esto? me estaba yo preguntando; ¿si se habrá abierto allí el abismo de Curcio? ¿si una mujer habrá parido al paso un niño con dos cabezas? ¿si habrá brotado de repente en ese lugar una mata de perlas finas? Empuja, y abre, y codea, y rompe brecha, y grita: un Gobierno asombradizo hubiera creído llegado el caso de una carga de caballería, si no hacia barrer la calle á cañonazos, bien como el audaz aventurero del 2 de Diciembre.

La brigada de ministriles que pasó al trote cayó allí, nada pudo, y empezaba ya á susurrarse que la Guardia Republicana á caballo venia al galope de sus cuarteles de las Hijas del Calvario. ¿A mí qué me va ni qué me viene? dije yo para mi capote; y como no hacia cuatro dias que los anarquistas habian atraído sobre sí á la dicha Guardia en la plaza de Clichy, donde hubo cabezas rotas, piernas fracturadas y orejas echadas abajo, lo más prudente era retirarse con gentil compás de piés, como hubiera dicho Miguel de Cervantes. Por otra parte, yo no soy nada curioso: suelo detenerme con la vista alzada delante de una montaña de los Andes, ó en presencia de un sol poniente en esos sublimes horizontes del Nuevo Mundo; las estrellas, en noche oscura, en medio de un vasto silencio, tienen tambien el poder de hacerme levantar la cabeza y de cortarme el camino; pero ante un gitano que deservaina su violin mugriento y se pone á rascar las cuerdas, no me detengo dos ni tres horas, como hacen los franceses. Hombres que

¹ En los archivos de Florencia se conservan documentos (que he leído) de los que aparece que el Ministro de España cerca de la corte Gran-Ducal, tuvo encargo de Felipe II de comprar de un acreditado alquimista un tósigo destinado á perturbar la razon de Guillermo el Taciturno, jefe entónces de los sublevados de los Países-Bajos.

están yendo de prisa con asunto de suma urgencia, como vean un monito ó un loro en la puerta de una tienda, se plantan, van formando grupo, y se están todo el día embelesados en ese cuadro maravilloso. Yo he visto en la calle de *Rougemont*, ó Rojomonte, para que suene en castellano, una multitud de gente que rodeaba á un cochero porque éste estaba cosiendo una correa que se le había zafado. Digo esto para que se vea que no todo fué prudencia en mí, ni miedo del sable de la Guardia Republicana, sino también poca confianza en lo grave ó lo interesante de lo que allí había sucedido.

Aunque eso parece cosa de veras, según el empeño con que todo el mundo trata de ganar terreno. En fin, dije, mañana lo sabré por los periódicos, los cuales no hablan ménos de la muerte del Emperador de Rusia que del nacimiento de los siete gatitos que ha parido la gata de Luisa Michel; y tiré hacia la Magdalena, y de vuelta me encontraba con los ríos de gente que de San Agustín subían á todo correr hacia el Parque de Monceau. Pues no tuve que esperar la noticia de los periódicos: al regresar á mi casa, en el hermoso barrio nuevo de Monceau, la turba se ha disipado ya: cerca de la puerta del Parque está un montón de paja en forma de tumba, y un gendarme paseándose de arriba abajo. Amigo lector, si has estado en Francia, sabes que aquí ni se come, ni se bebe, ni se duerme, ni se insulta, ni se roba, ni se mata sin pedir permiso. *S'il vous plaît*, si Vd. gusta, déme acá su bolsa; si Vd. gusta, reciba este garrotazo, y váyase á los infiernos le guste ó no le guste. Me dirijo, pues, á mi gendarme:

—Si Vd. gusta, ¿qué montón es éste?

—Es un caballo que ha caído aquí reventado.

—¿Y esto era lo que la gente trataba de ver á costa de la vida?

—No había otra cosa, señor; pero entonces aún no se lo había cubierto con paja.

Le pareció naturalísimo al gendarme que la ciudad entera se hubiese detenido á contemplar un caballo muerto. Mientras lo arrastraban, un comisario de policía lo mandó cubrir; de otro modo, los parisienses hacían un pronunciamiento. La ocasión hace al ladrón: al verse reunidos ciento ó doscientos mil ciudadanos y ciudadanas libres é independientes, allí proclaman la caída de los opresores y el triunfo de los principios. Todos tienen sus principios, y estos buenos principios así les sirven á los monárquicos como á los republicanos, á los clericales como á los intransigentes. ¡Cuando pienso en que un caballo muerto puede cambiar la forma de gobierno!

—Y la Guardia Republicana—vuelvo á preguntar al gendarme,—¿cayó al fin sobre esa muchedumbre?

—No vino; pero fueron necesarias dos brigadas de mis cofrades para disiparla.

—Si no se lo sepulta al caballo bajo este montón de paja, el pueblo de París ¿cuándo pasa de aquí?

—El día del juicio, señor; ésta no es gente que pasa delante de un caballo muerto.

A este tiempo había ya seis ú ocho mujeres recién venidas paradas en presencia del montón fúnebre, y una de ellas se puso á hurgarlo con su paraguas.

El gendarme la puso en orden con un grito, y yo pasé santiguándome como buen cristiano y repitiendo en mi memoria el pasaje de los comentarios de Julio César, donde dice este famoso Capitán escritor que los galos son tan curiosos, tan sumamente curiosos, que cuando encuentran un forastero no le dejan pasar adelante mientras no les diga quién es, de dónde viene, á dónde va, cuántos años tiene, cuál es

su profesión, si es casado, si tiene hijos y querida, y otras menudencias que nada les importan.

Los franceses han heredado el valor, el amor á la patria, á sus abuelos de ahora há dos mil años, y la curiosidad íntegra, sin legados ni cuarta falcidia. Buen provecho. La curiosidad, según Montaigne en sus *Ensayos*, es defecto utilísimo, origen y fuente de conocimientos y progreso. Yo no lo dudo; pero si para ser hombre que sabe tengo que estar un día entero delante de un caballo muerto ó de un mono adivino, olvidando mis ocupaciones, mis estudios y hasta mis amores, me quedo simple literato y renuncio á la sabiduría.

¡Quién creyera que pueblo tan frívolo, en apariencia, fuese uno de los más necesarios para la civilización! Si el pueblo francés desapareciera del haz de la tierra, el género humano quedara descabalado é inconsolable.

JUAN MONTALVO.
(Ecuatoriano).

CUADROS ÉPICOS

EL MAR DE BALBOA

¡Allá van! ¡Sobre el mar, en el desierto, siempre agitados por afán profundo, á conquistar y levantar un mundo de las tinieblas del pasado incierto!
¡Allá van! Como el tronco desprendido que arrebató el empuje del torrente, á regar con su sangre un continente en las sombras eternas escondido.
¡La tierra de Colón! ¡La virgen pura que dormía entre pájaros y flores, bañada de la luz en los fulgores, bajo el verde dosel de la espesura; Artemis india, que en el ronco viento escuchaba dulcísimas endechas, más libre en su perpétuo movimiento que el vuelo caprichoso de sus flechas!

¿Por qué rugen las playas altaneras?
¿Por qué gimen las ramas y las fuentes?
Es que escuchan las plantas extranjeras, y llegan los primeros combatientes!
¡Han sentido el contacto de la proa de la nave guerrera, y, agitados, han temblado al mirar esos soldados!
¡La fe los lleva, la ambición los guía!
Pizarro, Almagro, Nuñez de Balboa, todos se arrojan, con valor sin nombre, todos van á estrecharla en la agonía, á hundir el monte, á esclavizar el hombre, á estampar en sus templos la pisada, y en el Rey y en la Cruz los ojos fijos, á levantarse un trono con la espada sobre las tumbas de sus tristes hijos!...

¡Balboa, siempre impávido, se arroja á través de los ríos, los torrentes, los árboles que el ábrego despoja, los abismos, las rocas, las vertientes!... Levantó la mirada al horizonte dijo: ¡Adelante!... y marcha... ¿Qué le importa que le oponga sus cúspides el monte?... Rompe las selvas, las malezas corta. Leñador de la guerra, se abre paso á través de la virgen espesura, y al resplandor rojizo del ocaso, en el misterio de la noche oscura, bajo el rayo del sol, franco y ardiente, que parece mellarse en su coraza,—tala, quema, combate, despedaza la agreste soledad, sigue valiente, la sien erguida, la mirada fiera, presintiendo su gloria deslumbrante,—con su Dios, con su honor, con su bandera, ¡más allá, más allá, siempre adelante!...

¡Naturaleza! ¡madre de la vida!...
¿Qué sentimiento, al quebrantar tu calma

y sentir esa hueste enardecida latió en tu seno y conmovió tu alma?...
¡Ah! ¡marchaban, marchaban, y tras ellos iban dejando restos de vencidos, ruinas humeantes, pueblos oprimidos, sangre y valor, tinieblas y destellos!...
—Un día, cuando su ánima altanera, desmayaba quizá, su altiva planta trasmontó la granítica barrera— desierto en pie que airado se levanta,— y abarcó, recobrando nuevo aliento y entreviendo futuras aureolas el gran mar con su eterno movimiento, ¡su queja eterna y sus eternas olas!...

¡El mar! ¡El mar! El ámbito lejano, la inmensa soledad jamás cortada por el hierro valiente de una proa, ¡allí estaba lamiendo su pisada!
Entonces, Vasco Nuñez de Balboa penetró armado en el revuelto Océano, y desnudando su invencible espada, fija la vista en la extendida zona, ante el altar viviente de su gloria, proclamó con orgullo la victoria, ¡y sometió al vencido á su corona!...

«¡Oh mar! En nombre de mi Dios, en nombre de la patria gloriosa que me envía, cuanto en tí brilla al resplandor del día que te da luz y que ilumina al hombre, tu oculta inmensidad, la extensa playa bañada por tus pálidas espumas, la región en que el sol nace y desmaya y cuanto encierran tus eternas brumas á mis órdenes todo lo someto, y lucharé por ello hasta que muera— ¡oh inmenso mar, eternamente inquieto,— para mi Rey, mi Dios y mi Bandera!...»

MARTIN GARCÍA MÉRQU.
(Secretario de la Legación de la República Argentina en Madrid.)

ERNESTINA

I

A tres leguas de Jaca está una aldea, cuyo nombre no importa, pintoresca en extremo por la posición topográfica que ocupa, célebre por la riqueza del fértil suelo de su término, y más nombrada todavía por la proximidad del castillo de Miraval, solar de los Condes de este nombre desde la gloriosa época de la reconquista.

Mediaba el mes de Octubre, los robles de los montes se ponían amarillos, el cierzo reinante mecía las gemidoras copas de los pinos, se amontonaban las nubes en el cielo, las crestas del Pirineo blanqueaban cubiertas por las primeras nieves, y Ernestina y Eduardo veían acercarse con pena la hora de abandonar aquellos lugares, mudos testigos de tres meses de amores, tan bellos como las esperanzas que forjaron sus almas soñadoras al influjo de la pasión y la juventud.

La joven, recientemente huérfana de padre, fué á buscar entre las montañas la salud del cuerpo, y halló el origen del primer amor: él, artista de corazón y pobre de nacimiento, partió de Madrid con objeto de recoger el último suspiro y la herencia modesta de un lejano pariente, y en la joven Condesa encarnó el ideal soñador. La suerte les acercó, favoreció sus afanes, juntó sus almas, y cuando se creían dichosos, cuando comenzaba á sociarse en los dos un prurito sin límites de confianzas, un constante deseo de aislamiento que les dejara amarse libremente sin temer que nadie descubriera su secreto, la suerte misma les iba á separar interponiendo entre ellos un mundo de conveniencias y un caos de preocupaciones.

II

La noche del día 2 de Noviembre, víspera del señalado para la partida de Ernestina, fué de

horrible insomnio para Eduardo; y el doble funeral de las campanas, el silbar del viento, el choque de la lluvia contra los vidrios de su ventana, hicieron coro plañidero á sus tristes ideas durante aquellas largas horas de nervioso mal-estar.

Al llegar el día, lluvioso, frío, melancólico, el jóven abandonó el revuelto lecho, fué al castillo mintiendo calma, se despidió de la Condesa viuda; esforzándose en vano por aparentar tranquilidad, estrechó en la suya ardorosa la manecita de su novia, que en pasajera y falsa dolencia hallaba medio de fundar su mal humor, y cuando el carruaje se perdió tras el primer desmonte del camino, como si el alegre *tintineo* de los casca- beles del tiro de mulas le ofendiera, se tapó los oídos, cerró muy apretados los párpados, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas morenas y se detuvieron entre los rizosos cabellos de su negra barba cual si vergonzosas quisieran ocul- tarse á la vista de profanos ojos.

III

Cuando le encontré en Madrid, apenas pude reconocerle (tal le hallé cambiado en el vestir y tanto me pareció enfermizo); él me abrazó con embarazo como quien se declara culpable de inconsecuencia; me exigió profunda reserva, se la prometí, y me confió su secreto disculpando con él su desvío de mi tierna amistad.

Para ver á Ernestina érale preciso frecuentar su casa y el encumbrado círculo y los teatros que aquélla frecuentaba; para entenderse con ella por medio de extensas cartas; diarias y nunca bastante amantes á su juicio, hacía- se necesario contar con fondos, y su pequeña renta, el incesante trabajo apenas si alcanzaban á proporcionar lo preciso para presentarse con decoro y gratificar á la doncella de la jóven, tercera en aquellos amores. Por eso, me dijo, no acudo á vuestra tertulia en Fornos; por eso trabajo como un negro y vendo mis cuadros apenas los con- cluyo sin esperar un comprador caprichoso que pague más de lo que me ofrece el tratante que los adquiere siempre.

IV

A contar desde aquella tarde, fuí su conse- jero íntimo; pasaba hora tras hora haciéndole compañía en su estudio, y tuve con esto ocasion de apreciar sus angustias, sus apuros, sus pri- vaciones de lo necesario para la propia comodi- dad, sacrificada en aras de un falso bienestar que ocultaba la miseria real.

Declaro que llegó á causarme respeto su ma- nera de querer; confieso que le reconocí muy superior á mí, y esto acendró mi cariño en tér- minos que gestioné sin reposo para lograrle un medio de vivir más desahogado y vi realizados casi mis deseos. Mi amigo Mr. P... filántropo riquísimo, vió un cuadro de Eduardo, se prendó de él y le ofreció llevarle á París y dirigir su educacion artística á todo coste: mi querido amigo aceptó, comimos juntos los tres aquella noche y al acompañarme hasta mi casa me des- cribía con tal entusiasmo sus esperanzas, á tal punto estaba yo seguro de que ayudado por el francés alcanzaria un nombre ilustre y con éste una posicion desahogada, que sus ilusiones no me parecieron utopias.

Mas todos estos proyectos se convirtieron en simples recuerdos á nuestra primera vista: en la mañana del día siguiente le hallé pintando, preocupado y triste, y cuando para animarle quise reanudar la conversacion de la noche anterior, me interrumpió diciendo:

- No hablemos de eso. Ya no me voy.
- ¿Estás loco?...—exclamé admirado.
- ¿Quizás!...—me replicó.
- ¿Pero ese cambio!—añadió.

—Es debido á que procedí de ligero anoche. Yo vivo para una cosa sola, para labrar la dicha de Ernestina, y fuera de ésto nada me inspira interés. Ella está enfermiza, mi ausencia, segun me dice en su carta de hoy, le sería muy penosa, y mis apuros, mis privaciones, mis torturas, no valen una lágrima suya.

—Pero hombre, por las once mil vírgenes; ra- zona,—dije yo.—Tu ausencia significa el medio de casarte con ella. A tu vuelta, con tu talento y la proteccion de P... traerías un nombre y una fortuna que te acercará á tu novia, como oscu- recido y tronado jamás lograrás hacerlo.

—¡Dios me ayudará!...

—Fíate en la Virgen y no corras.

—Estoy resuelto—dijo Eduardo.

—Esa mujer no te quiere—añadí exaltado al ver la obcecacion de mi amigo.—Se ama á sí misma más que á tí. ¡Que compartas tus penas ó no te las consienta!...

—¡No quiere exponerse á las iras de su madre y me ama bastante para no poder vivir sin mí!...

—¡Eduardo, creo que te arrepentirás!... ¡Er- nestina no te quiere y un día te desengañará!...

—Y que te importa, ¿eres mi padre ó mi tutor para meterte en mis asuntos?... —replicó mi amigo con dureza.

—¡Eres un desgraciado!...—le dije sin poder- me contener.

—¡Y tú un necio... ó un envidioso!...—me re- plicó.

—Lo primero, sí; tienes razon. Lo segundo, no: conozco el paño; sé lo que se encierra en el corazon de esa niña, que censuro á sangre fria y te compadezco.

Esto le dije, tomé el sombrero y el abrigo y salí herido en el alma, porque Eduardo era el amigo que más queria.

Dejé de ver al pintor y corté mis relaciones con la Condesa de Miraval: llegó el verano; ellos se fueron á Biarritz; para seguirles realizó Eduardo las tierrecillas que heredara en Aragon y yo quedé en Madrid retenido por mis asuntos malhadados y mi falta de dinero.

V

Me domina el vicio de leer ántes de dormir- me y *La Correspondencia de España* es mi pe- riódico favorito; aún no he podido explicarme por qué, pues la leo y muchas veces no me doy cuenta de lo que dice: mi lectura tiene algo del rezo de las beatas.

Pero un día, cinco meses despues de mi con- versacion última con Eduardo, de indiferente papel se me convirtió el diario noticiero en ob- jeto de atencion profunda y causa de hondísima pesadumbre. Decía un párrafo de una carta de París: «El matrimonio de la bellissima jóven Condesa de Miraval con el opulento banquero M. Alberto Duservet fué el hecho más culmi- nante de la quincena. El talento, la galanteria y las dotes morales no envejecen nunca, y en verdad que se acreditó de juiciosa la ilustre jó- ven que las apreció con una cordura impropia de sus pocos años...»

Y á renglon seguido de la carta leí en un suelto:

«Anoche á las diez y media, junto al obelisco de la Fuente Castellana, un jóven que, segun los papeles que se le encontraron, se llama- ba E. B., puso fin á su vida disparándose dos tiros de revolver en el pecho, que debieron causarla una muerte rápida, pero no instan- tánea.»

Parece ser que unos amores contrariados y la falta de recursos impulsaron al infeliz para adoptar tan extrema resolucion.

.....

VI

Hace un año que Ernestina vive con su ma- dre, y su marido habita en París: la causa de esto es una historia vulgar que me refirió la jóven Condesa y yo no transcribo porque me repugna. Al concluir la Ernestina suspiró, en- jugó ó fingió enjugar una lágrima, y me dijo con un acento patético, hondo y sentido, como acento de comediante de la legua:

—¡Ay, amigo mio!... Si Eduardo hubiera podido amalgamar sus aspiraciones con mis conveniencias! Pero era un sér que vivía fuera del círculo de los humanos, y no pudiendo ser mi marido, por fanático labró la desventura de los dos!...

.....

Si Ernestina fuera *la mujer* me adheriria al dictámen del concilio Maçon y como él declararia que semejante monstruo *no es persona humana*.

JUAN DE LA CERDA.

Madrid 13 Diciembre 1884.

EN ÁFRICA

Sultana del alma mia,
la más bella entre las bellas,
la de labios de ambrosia,
la que bebe en las estrellas
luz, encanto y armonía.

La que al firmamento alzó
los ojos, y en el momento
que Dios tan bellos los vió,
por gala en ellos dejó
las galas del firmamento.

La codiciada sultana,
la de las tenues sonrisas,
aquella que en la mañana
ve que á contemplar ufana
se paran fuentes y brisas.

La que del blanco cendal
en los pliegues recogida
parece por lo ideal
pluma de cisne caída
en tersa fuente oriental.

La que en sus redes de amores
puede dar al recogerlas
en lazos embriagadores,
en vez de sonrisas flores,
en vez de lágrimas perlas.

Sueño de mi fantasía,
si eres luz crepuscular
que apareces con el día
para extinguirte en la fría
nocturna bruma del mar,

¿por qué el rayo de tu amor
ardiente, fascinador,
en mi espíritu reflejas,
si al extinguirte la dejas
entre brumas de dolor?

Si eres ave, si eres fuente
melancólica y doliente,
nube, onda, flor, capullo,
ó si eres solo un murmullo,
aroma, vapor ó ambiente,
toma forma, toma un sér
que deje á mis ojos ver
en su inefable hermosura
la imágen graciosa y pura
del ángel y la mujer.

S. DE MOBELLAN.

(Conde de Casafiel).

LA CARIDAD

La caridad es el santo óleo que suaviza las peli- grosas ficciones de la complicada máquina social.

RAFAEL NUÑEZ.

(Presidente de la República Colombiana.)